

DISCURSO DE LA MINISTRA DE CULTURA
EN LA ENTREGA DEL PREMIO CERVANTES A GONZALO ROJAS

23 de abril de 2004

Majestades:

"La paz es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida".

Esta es sólo una de las innumerables perlas que podemos encontrar en los mesetarios mares surcados por el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, la más frondosa criatura -del autor bajo cuya advocación nos reunimos hoy aquí para honrar los méritos literarios de don Gonzalo Rojas.

A la paz, a todas las paces del mundo, ofrendamos el recuerdo imperecedero de quienes hoy no están con nosotros en esta ciudad de Alcalá de Henares, cuna de don Miguel de Cervantes Saavedra.

El libro de libros nos ofrece una y otra vez la oportunidad de regresar a la superficie con una bola de luz en el pecho. Basta con otorgarle una breve inmersión, apenas unos minutos del tiempo que a tientas gestionamos.

Muy pocos son los autores capaces de abrumarnos con tal demostración de talento y generosidad.

Para mí, tengo que reconocerlo, supone una enorme recompensa rondar el universo cervantino en mi primer discurso como ministra de Cultura.

La verdad es que no se me ocurre mejor argumento, ni por su calado ni por su oportunidad, para la primera comparecencia pública desde que asumí mis nuevas responsabilidades.

No hace falta que recuerde aquí, ante personalidades tan doctas en la materia, que el próximo año 2005 celebraremos el IV Centenario de la primera edición de El Quijote, una fecha que no estamos dispuestos a dejar pasar como un accidente más en la variopinta orografía del calendario.

Al contrario, convertiremos este recordatorio en uno de los ejes fundamentales de la política cultural del Gobierno para los próximos años.

Queremos hacer del 2005 un punto de apoyo en el que colocar la ilustrada palanca que nos permita remover el mundo. El de las artes, se entiende, que no es tarea baladí y que traerá consigo, ustedes lo saben, una cadena de sacudidas que afectarán a otros ámbitos de la vida menos artísticos y tenidos a menudo por los pragmáticos como más tangibles y de mayor enjundia.

Cervantes es la palabra mágica.

Y no sólo aquí, donde bajo el manto de la honda humanidad de su pluma entregamos un galardón que ya es referente ineludible en todo el orbe, si no que ha de serio para abrir puertas y ventanas por las que se ha de colar nuestra lengua y, tras ella, un vendaval de cultura, de nuestra cultura.

La que ya compartimos con cientos de millones de personas y que otras muchas están ansiosas por conocer.

Hay hambre de cultura hispana y Cervantes es la miga de esa cultura, su corazón, un corazón que estamos dispuestos a donar. Y uno de los instrumentos básicos para esa operación será el Instituto Cervantes, llamado a ser la verdadera piedra angular de nuestra política cultural en el exterior.

La labor de sus centros debe concentrarse en presentar una imagen diversa de España y de Iberoamérica que muestre sus múltiples y a veces contradictorias facetas.

Siempre sin perder de vista el objetivo de poner a nuestros artistas e intelectuales en contacto y discusión con la visión del mundo que tienen los demás.

Un revitalizado Instituto Cervantes se aplicará la máxima de Humberto Eco según la cual "la fuerza de la cultura puede evitar el choque de civilizaciones", y defenderá que el intercambio cultural es el medio más eficaz para comprender la naturaleza del otro.

En tiempos convulsos de grandes transformaciones, el Instituto tiene la capacidad de mantener abiertos canales de comunicación que suelen cerrarse a propuestas políticas o económicas.

Debe aprovechar esa ventaja para proponer debates sobre los temas cruciales de nuestro tiempo, sin rehuir, es más, buscando los diálogos más difíciles y espinosos.

Alejémonos de dicotomías ficticias y forzadas y entendamos como indisociables la cultura y la lengua, apreciemos ésta como nuestro principal medio para transmitir una visión del mundo y una tradición cultural dignas de ser tenidas en cuenta.

Una tradición cultural inagotable, como el libro que narra las andanzas del caballero manchego y su escudero, las dos caras de una moneda cervantina que, pese a lo que ha llovido desde entonces, continúa siendo de curso legal. Una moneda que nos franquea el billete a ciertas ínsulas vedadas a nuestros euros contantes y sonantes.

En el gran texto cervantino, podemos catar hasta el hastío el sabor dulzón que deja en el paladar un eco de princesas, el regusto sabroso de la experiencia bien curada, la aparente liviandad de lo poético, el cosquilleo espumoso, ácido y no pocas veces indigesto del humor, el agrio desamparo de un lúcido delirio.

La paz es el mayor bien. Y lo dice un soldado. ¿Quién mejor que don Miguel para recordarnos las verdades del barquero, para llamar al pan, pan y al vino, vino? ¿Quién mejor que un especialista en justas y batallas para recordarnos que cuando la polvareda se echa, sea de legiones o rebaños, la paz es lo que queda?

He querido hablar de paz aquí, en esta ceremonia de entrega del Premio Cervantes a don Gonzalo Rojas, porque si puede ser cierto que en el principio fue el

Verbo, lo que está fuera de toda duda es que en el principio, en cualquier principio, debe ser la paz.

La paz fecunda que con su engañoso y fértil aburrimiento coloca al hombre frente al mejor de sus retratos, ante el único que puede contemplar sin bajar la mirada.

La paz es un inmenso invernadero en el que crece despreocupada y lustrosa la vida.

Esa vida que don Gonzalo Rojas ha sabido coger como un rábano por las hojas para hacerla cristalizar luego en un mosaico de versos tan espiritualmente apabullantes, tan delicadamente encarnizados, que nos sobrecogen.

Rojas ha dejado constancia de su maña para componer un paisaje poético que mueve a torrentes de emoción y agradecimiento, el mismo agradecimiento al que hoy damos forma en este solemne acto.

El poeta ha intentado cabalmente descifrar el mundo desde "la fragmentación y desde la asfixia", y lo ha hecho componiendo una obra en la que ha primado la calidad sobre la cantidad.

Su aquilatada producción debe hacer ver a los jóvenes yates que si bien resulta de provecho tener la cabeza llena de bulliciosas ideas, aún lo es más colmar la papelera de los fallidos tránsitos de éstas al papel. "Aprendí a escribir demorándome y en eso ando todavía", le escuchamos decir.

¿De qué escribe el poeta? Don Gonzalo Rojas responde sin titubeos: "De lo que no sabe. Uno escribe de lo que ignora, del enigma", y no se refiere precisamente a un pensamiento religioso, sino a esos elementos secretos, oscuros, que pueden venir de lo más profundo de nosotros.

Para el poeta, todo está urdido, basta con escarbar un poco' para que aflore la familiaridad que existe entre las cosas. En la humildad periódica del creador frente a la

hoja en blanco, se convence de que no merece aquello que le fue dado y de que el dador, por qué no, puede llamarse Dios.

Desde que fue asaltado por los versos de Residencia en la Tierra mientras hojeaba de pie un ejemplar en una vieja librería, se sintió inmerso en el largo curso de la historia de la Literatura, percibió que iba a tomar parte en una peculiar carrera de relevos.

Quizá entonces comenzó a intuir que los poetas, además de los lazos sanguíneos, tienen una "parentela de la imaginación", una raigambre que los explica, que los hace posibles.

No le tiembla la voz al decir que no hay poetas originales, "ninguno". Es consciente de que todos integran un infinito coro cuyo origen se pierde en el tiempo.

La obra de Neruda, compatriota de Rojas cuyo centenario celebramos este año, le sonó entonces como una esotérica canción cifrada, insondable a la luz de su adolescencia, pero el "relámpago" que cruzó su mente fue premonitorio, fue la antesala de lo que terminó siendo una firme vocación.

Gonzalo Rojas desarrolló pronto un verbo que no tardó en agobiarse en las estrecheces de los vericuetos vanguardistas. Dejó atrás el perfume disidente del surrealismo y marchó a alfabetizar a los mineros de los Andes con un silabario confeccionado por él mismo con textos de Heráclito.

Las palabras de su querido Heráclito, cómo no, también fueron un agua en la que no volvería a bañarse. Rojas deslizaba concienzudo el puntero mientras deletreaba una juventud, que, como todas, se escurrió ladera abajo.

Su admiración por el sabio griego se ve respaldada por la doble condición de éste: físico y poeta. Para don Gonzalo, los físicos son "muy grandes", pues no le tienen miedo al miedo y son capaces de poner cualquier cosa en tela de juicio. Para él, los físicos son "los poetas del día".

Luego vendrían los años en la Universidad de Concepción. La Cátedra y la promoción de varios congresos de escritores, de esos que con la perspectiva del tiempo los especialistas consideran nudos gordianos, vértices en los que la literatura gira en busca de nuevas direcciones.

José Donoso y Carlos Fuentes son sólo dos nombres, dos ejemplos de una nómina extensa de creadores de primera fila que durante los 50 y los 60 fueron atraídos por los foros alentados por Rojas, hornos en los que se cocieron algunos de los elementos de los que se ha nutrido la literatura iberoamericana de las últimas décadas del siglo xx.

La muerte de Allende le pilló en Cuba. De inmediato fue considerado un peligro para el orden y la seguridad nacional, se le prohibió enseñar en las universidades chilenas y se le arrebató el rango de diplomático. El exilio irrumpía en su vida para dejar su huella indeleble.

Pese a todo, a estas alturas, el poeta lo minimiza y ha llegado a manifestar que el exilio no significa mucho, apenas un percance más -, de la vida. ¿Cómo llorar por mi exilio -se pregunta-, si otros de mayor estatura en sus ideas y actuación fueron asesinados? Yo nací en Chile -añade-, pero me siento de todos los párrafos del planeta, esencialmente latinoamericano".

Con la madurez llegó el reconocimiento y los premios internacionales. Pero eso no ha alterado su paso y los poemas siguen macerando lentamente en su interior, sin premuras que a la postre habrían de ir en detrimento del sabor de una fruta arrancada antes de estar en sazón.

Al volver la vista atrás, al deambular por su obra con relajo, una percibe que buena parte de la misma contiene un aroma que todo o casi todo lo impregna. Se trata de un intenso y arrebatador perfume de mujer.

Para el poeta, la mujer es el epicentro, la fascinación que revolea su espíritu y su cuerpo, el encantamiento animal, el eje sobre el que aparentemente gira todo cuanto se mueve a su alrededor. En su caso, y está confesado, la mujer es el mundo, el alma, la

realidad absoluta que, sin embargo, continúa siendo una desconocida que se zafa con desconcertante solvencia de definiciones, anhelos y versos de amor y deseo.

Su voz, como suele ocurrir en los poetas grandes y vividos, son muchas voces o, si se prefiere, una misma voz con distintos matices y registros.

Es verdad que fue la voz de un pueblo amordazado y es verdad que desolló la palabra en busca de una carnalidad, de un erotismo que fuera canto y reafirmación de vida, en busca de poemas que sudaran de pasión en las manos, que ahuyentaran la muerte a golpe de latido.

Su escritura, tensa por momentos los sentidos sin desatender la palabra austera, los temas recurrentes a los que vuelve para ir un poco más allá, un poco más hondo, acaso para constatar que todo viene ser una Metamorfosis de lo mismo.

Regresa a sus temas esenciales por el desinterés que siente por los escaparates de bagatelas y precarias novedades. Regresa con la obstinación que quizás aprendió de su admirado Ovidio, quien se preocupó de recordarnos que "la gota horada la roca, no por su fuerza, sino por su constancia".

No quiero terminar sin subrayar el hecho de que esta ceremonia llega sólo un día después de que ayer, 22 de abril, se cumpliera el primer centenario del nacimiento de María Zambrano, la primera mujer en recibir el Premio Cervantes.

La pensadora malagueña nos recordó al recibirlo que Don Quijote se puso en camino a la hora del alba, la única que, en su opinión, podía elegir un personaje que padeció de manera ejemplar el sueño de la libertad, ese sueño que en un determinado momento, tan incierto como las horas del amanecer, se desata en el hombre.

Ella, que conoció el Chile de don Gonzalo Rojas como esposa del agregado de la embajada de España, soñó siempre con el alba que nos permitiera estrenar un nuevo tiempo, una nueva era en la que la palabra, en el sentido más profundamente humano y majestuoso del término, reinara complacida entre los hombres.

Don Gonzalo, maestro en el uso de la pluma como lengua del alma, hasta el propio Cervantes, tan ducho en otras lides, hubiera envidiado su lírica de sintaxis quebrada y portentosa.

Los españoles queremos hacerle llegar nuestro calor, nuestro cariño, escasa contrapartida para quien tanta pericia demostró en dejarse la vida en un puñado de libros. Son Materia de testamento, es cierto, pero sobre todo son materia de gratitud. La nuestra.

Arte, libertad, paz, siguen siendo razones para salir al camino, siempre será a buena hora.

Muchas Gracias